

Angel Cuerdo

COREA

En bici, piragua y a pie

J

Esta vez el destino era diferente, se llamaba Corea, esa península que lamentablemente se dio a conocer al mundo por la crueldad de una muerte fratricida, azuzada por las dos grandes potencias, EEUU y la URSS, que desde la segunda guerra mundial se iban diferenciando. En 1953, ante la imposibilidad de dar fin a un conflicto que se alargaba, de manera salomónica pero

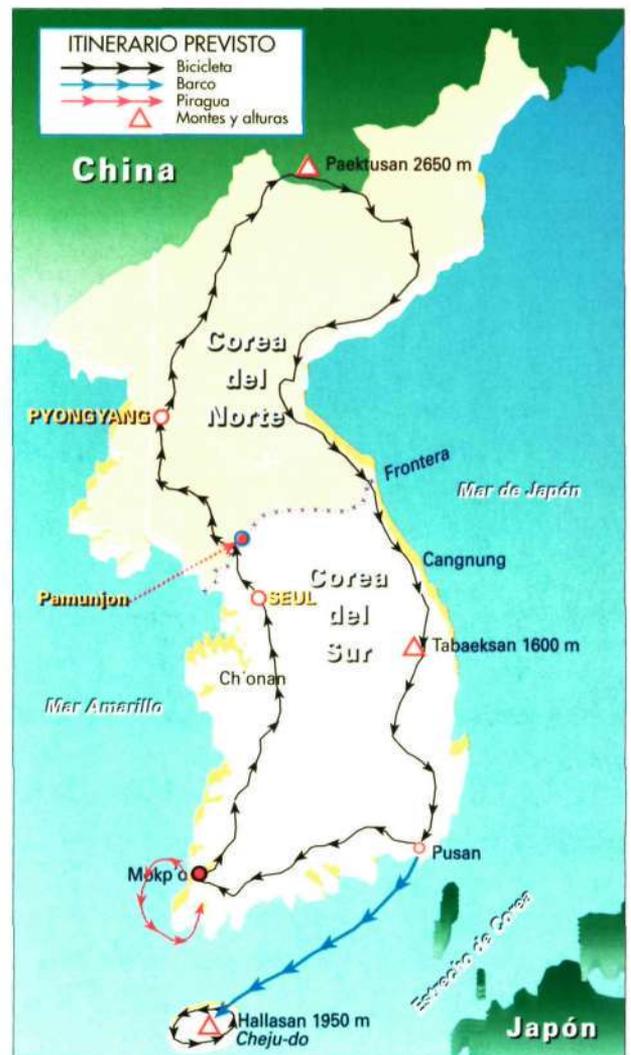


siguiendo la tónica de los momentos que corrían, se acordó dividir la península por el paralelo 38 en norte y sur. Dos bloques diferenciados: el norte del sistema comunista, el sur capitalista.

Año 2001. Recién entrados en el siglo XXI, norte y sur de Corea inician vías de negociación. La más clara muestra de la posible unificación se dio en los juegos olímpicos de 2000 en Sydney; los dos países participaron bajo el nombre de una gran y única Corea. Corrían tiempos de esperanza, Corea, llamada "Choson" ó "País de la mañana tranquila" volvía a resplandecer. Se estaba viviendo un momento histórico, podía sentirse ese dulce sabor que alimenta al viajero. Medio siglo después parecía posible traspasar ese paralelo 38, conocer su modo de vida, la situación del país, recorrer esas montañas que ningún extranjero había atravesado libremente, saborear el espíritu de la gente ante el proceso de reunificación. Todo ello en un país prohibido en medio siglo y del que todo lo que llegaba a conocerse eran rumores. Y no podemos olvidar esa cultura del lejano oriente, que permaneció oculta a occidente hasta el siglo XVI, cuando un barco portugués que se dirigía a la China la descubrió a raíz de un naufragio.

Arriba, en el centro y a la derecha.

- Puesto de frontera
- Caída de agua en el Parque Nacional de Soraeksan (Corea del Sur)
- Campesina de Corea del Sur



■ OBJETIVO COREA

El destino estaba decidido. Sólo faltaba decidir la forma de conocerlo. En una península donde el 70% es montaña y está rodeada de mar había que amoldarse y así lo hice. Planeé ascender a las cumbres más altas, el volcán de Hallasan en el sur y, sobre todo, la montaña sagrada de Paektusan en el norte; recorrer los mares del sur en piragua y unirlo todo con la bicicleta, ese otro modo de viajar que no sólo te lleva a conocer el paisaje sino más bien su gente. Tres formas diferentes de viajar -andando, piragua y bicicleta- de las que sin duda percibiría otros tantos puntos de vista del país.

Los siguientes meses fueron un sinfín de preparaciones; los billetes de avión los cedió Air Corea, toda la información sobre vacunas y documentación fueron agradablemente aportadas por la embajada de Corea del Sur, Urkan Kayak y la casa Prijon me pusieron la piragua, la tienda de deportes Izadi el material deportivo, la tienda tolosarra de fotografía Klisk y el laboratorio Per-color del material fotográfico, la librería Galarraga



los mapas, guías de viaje y conversación, Euskal Telebista se encargaría de realizar un reportaje sobre los acontecimientos vividos.

Finalmente el 1 de julio tomé el avión que me llevaría a Seul, capital del sur de Corea. La visión era sorprendente, una mezcla casi perfecta entre la modernidad y la antigüedad. Los altos edificios acristalados con sus pantallas luminosas, el ritmo ajetreado de la gente con sus teléfonos móviles, el tráfico intenso de coches nacionales Hyundai, Daewoo, Samsung, el bullicio de las calles, contrastaban con los antiguos palacios de estilo oriental, el trajeado de la guardia real, la paz de los templos budistas, la fragancia de los cuidados parques. El resurgir de Corea era una realidad; en menos de medio siglo habían pasado de la hambruna a una situación más que aceptable; el cambio se lo achacaban al río que pasaba por Seul, el milagro del río Han, clave en la industrialización y el progreso del país.

La sorpresa fue encontrarme con siete misioneros franciscanos vascos provenientes del santuario de Aranzazu que habían llegado a Corea hace 35 años. Habían pasado más tiempo allí que en Euskadi, se sentían del lugar y reconocían, muy a pesar de sus familias, no querer abandonar estas tierras, sobre todo por el afecto que de su gente habían recibido. Les conté mis intenciones de entrar en Corea del Norte por el único paso que según me había informado estaba no minado, el de Pamunjon. Desgraciadamente me lo pusieron muy mal; según ellos, era cierto que últimamente la tensión entre el norte y sur de Corea se había relajado y se vivía una época de calma, pero todo ello estaba muy alejado de poder entrar libremente al norte.



■ AL NORTE EN BICICLETA

Eran muchos los meses que llevaba preparando el viaje y, desde luego, a pesar de las malas noticias había que intentarlo. Compré una bicicleta en Seul, y me dirigí hacia la frontera. Los 70 km que separan Seul de Pamunjon eran un lugar inhóspito, las márgenes de la carretera aparecían sembrados de monumentos y panteones en honor a los civiles y militares caídos en la guerra, el tráfico era escaso y la mayoría eran vehículos del ejército. Ante tan triste panorama, mis posibilidades de pasar a Corea del Norte se iban viniendo abajo. Sin embargo recibí una luz de esperanza. La antigua línea de tren que realizaba la ruta entre Seul y Piongyang estaba siendo reconstruida, lo que daba pie a pensar que las conversaciones de reunificación pacífica entre los gobiernos no quedaban en agua de borrajas. Tal como vaticinaron los misioneros vascos, la frontera estaba cerrada a cal y canto; un militar estadounidense se encargó de mandarme de vuelta por donde había venido.

No era el único que veía desvanecer mis sueños; en la alambrada que cerraba el paso al antiguo puente que daba entrada a Corea del Norte, había cintas que agitaba el viento con reseñas de familias que quedaron separadas por la guerra. Allí mismo se encontraba un templo con una gran campana; era la campana de la paz, la misma que harán sonar el día en que por fin las dos Coreas volvieran a ser una. El hecho de que hubiera una campana reflejaba la existencia de un deseo y consecuentemente, una esperanza. No podía echarme atrás a las primeras de cambio así que decidí continuar y seguir la frontera de costa a costa en busca de un hueco ó una oportunidad de pasar al norte.

La carretera estaba desolada; continuamente hallaba a mi paso grandes bloques de hormigón que se situaban en los puntos estratégicos, preparados para que, en caso de invasión, las carreteras quedaran rápidamente bloqueadas. Viajaba prácticamente solo; a mi paso me cruzaba con lanzamisiles y tanques camuflados, situados alrededor de infinitos campamentos militares que mostraban en su entrada la figura de una calavera. De vez en cuando pasaba delante de mí algún convoy militar, y el cielo era continuamente sobrevolado por aviones en misión de control. Realmente daba miedo marchar entre esos tanques y furgones militares.

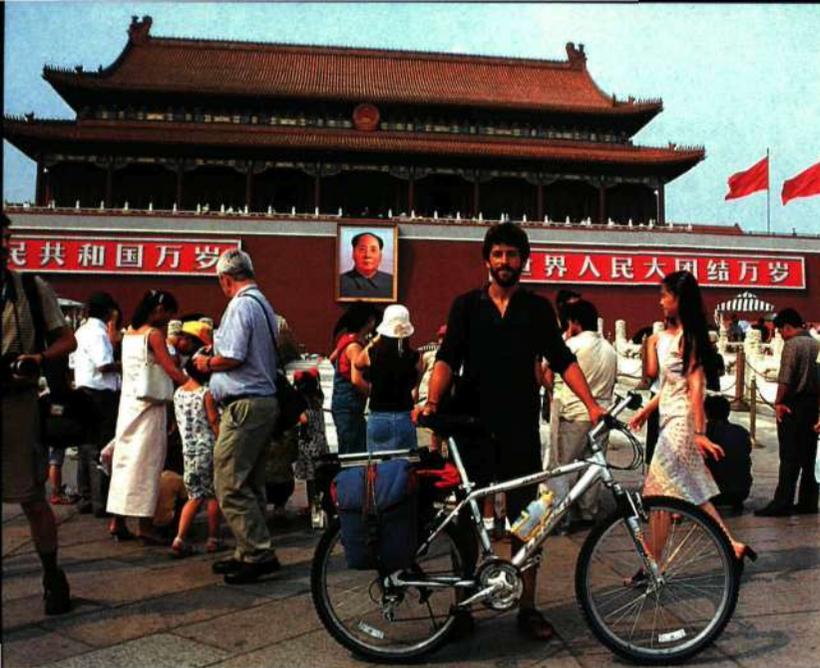
Sin darme cuenta llegué a la costa este. Había recorrido todo el famoso paralelo 38 coreano y efectivamente, había sido imposible entrar en Corea del Norte, pero no me lamentaba haberlo intentado, al contrario, me había encantado todo lo que había visto y mi espíritu estaba colmado. De modo que preparé un nuevo plan, completaría mi viaje por Corea del Sur y, posteriormente, intentaría nuevamente entrar en Corea del Norte, pero esta vez desde China.

■ EL VOLCÁN HALLASAN

No había olvidado uno de los objetivos que me había traído a Corea del Sur, la ascensión del volcán Hallasan, el monte más alto del país, situado en Cheju-do, isla de clima semitropical, que a pesar de ser desconocida para los occidentales, es centro turístico habitual para los orientales, sin nada que envidiar a Hawaii en su hermosura y con el título de ser la isla con más volcanes del mundo. El viaje resulta sencillo; barcos y aviones conectan continuamente la isla con la península. En mi caso me dirigí en cosa de una semana y a golpe de pedal a la ciudad de Pusan, segunda en importancia de Corea y la más importante del mundo en lo que a industria naviera se refiere. Antes de embarcar pude disfrutar de un sorprendente mercado de pesca, crustáceos de mil formas, peces de todos los tamaños y colores, algas para mil y un usos, hacían a uno trasladarle a la magia del fondo submarino.

El viaje en barco duró toda una noche e iba repleto de gente que partía con ganas de dejar a un lado la estresante vida de las grandes ciudades, trabajando a un ritmo frenético, y disfrutar de la escasa semana de vacaciones que suelen gozar habitualmente.

La ascensión a los 1980 metros del volcán Hallasan fue una maravilla. Tenía en mi mente la satisfacción de seguir disfrutando



ma, el gran desnivel de mareas, que en cierta época del año llega a los 8 metros. Debido a este gran desnivel, en una isla llamada Chindo se daba el efecto llamado de Moisés, al bajar tanto la marea se habría un camino en el mar de 3 kilómetros desde una isla hasta otra, permitiendo, en ese momento, que la gente pudiera pasar andando entre los mares.

Para poder solventar en las mejores condiciones posibles la travesía de 400 km que había ideado, conté con una piragua dotada de las mejores prestaciones, una Zodiak de 5'2 m de eslora de la casa Prijon que previamente había dejado en una piscifactoría y donde muy amablemente se ofrecieron a cuidar la bicicleta. Sus dos amplios compartimentos estancos me permitieron llevar sin ningún problema la comida y enseres que necesité, pero sobre todo, las buenas maneras de navegar me dieron tranquilidad en situaciones complicadas. Desde el agua Corea era diferente, el paisaje, los anocheceres y amaneceres, la perspectiva de las cosas cambiaba.

Entre semejante barullo de islas y la imperfección de los mapas, el mismo GPS no me solía aportar ninguna fiabilidad sobre mi ubicación exacta. En esos momentos era preferible encontrar algún marinero conocedor del entorno que me con-

una vez más de un paraje encantador, en la misma sintonía que el resto de los parques naturales, cuidados a más no poder y accesibles para todo tipo de montañeros, incluso para los menos experimentados. Parques nacionales como el de Hallasan eran simplemente pequeñas joyas que decoraban la gran corona que iba encontrando a mi paso.

Sin lugar a dudas las tierras del sur de Corea me tenían hechizado. Dormía sin ningún problema en la tienda de campaña en los sitios que antes del anochecer elegía y a menudo disfrutaba de la hospitalidad en las mismas casas de los coreanos. Las temperaturas entre los 20 y 40 grados se hacían agradables aunque siempre estaba el problema de los periódicos aguaceros propios de la época de monzones. 1.500 kilómetros de pedaleo a lo largo del mes de julio me habían mostrado montañas, cuidados y verdes campos de arrozales que brillaban como esmeraldas, perdidos templos budistas situados en lugares de ensueño, pequeños pueblos que mantenían una ancestral forma de vida, no contaminada por la era de la modernidad, conservando el clásico modelo de vivienda y aquellos colegios donde se enseñaba la filosofía del maestro Confucio. Y por supuesto todos aquellos lugares ya reconocidos Patrimonio Mundial de la Humanidad, como el templo de Heinsa, con una colección de 80.000 tablillas de madera donde se recogen antiguos textos budistas, el templo de Pulguksa, la fortaleza de Suwon, la antigua capital Kyongju con sus tumbas reales...

Las diferencias culturales no habían supuesto ningún problema. Dormir y comer en el suelo tenían su buena justificación y se hacía agradable, debido a que los hogares tienen su sistema de calefacción en el suelo. El inglés no era muy hablado, pero el interés que ponían a la hora de comunicarse aligeraba la barrera del idioma. Ante temas alimenticios como comer perro, pescado crudo, algas, una variedad sin fin de hortalizas y salsas, fui disfrutando día a día de sabores y olores que, si bien eran desconocidos para mí, el gusto era exquisito, aunque casi siempre el picante resultara excesivo.

■ COREA DESDE EL MAR

Después de haber circunvalado en bicicleta el interior, me quedaba un último reto en Corea del Sur, el conocimiento de sus mares. El lugar elegido se trataba del parque nacional "Tado Sea", conjunto de 1.700 islas situadas entre el mar de Japón, el mar del Sur y el mar Amarillo. La confluencia de tantos mares hacía increíblemente peligrosa la travesía pero había otro gran proble-



dujera por el buen camino, pero entonces el problema solía ser encontrar ese marinero. En las zonas tranquilas entre islas abundaban las casas-barco, donde los pescadores pasaban temporadas. En cuanto me acercaba a alguna de ellas, bien buscando información ó simplemente por estirar las piernas y conversar un rato, la primera impresión que recibía el marinero era sorprendente ya que nunca había visto nada parecido. La siguiente reacción no se hacía esperar, su hospitalidad salía a relucir, inmediatamente era informado de mi posición e invitado a algún manjar recién pescado entre preguntas como ¿De dónde venía?, ¿Qué estaba haciendo en aquel lugar con aquel extraño aparato (la piragua)?... Tras "dialogar" amigablemente continuaba la travesía en busca de alguna orilla donde pasar la noche.

En la mar la sensación de libertad al viajar en piragua es máxima, navegar al ritmo de las olas, con la mirada fijada en el horizonte. Las horas en solitario le aportan a uno momentos de paz y tranquilidad, pensamientos sencillos que me llevaban a la siguiente etapa, a China y el paso a Corea del Norte. La situación a priori no parecía demasiado dificultosa, la frontera chino-norcoreana si bien permanecía cerrada no estaba minada y la línea de tren entre Pekín y Pyongyang era la única forma conocida, vía terrestre, de entrar en Corea del Norte.

Arriba, en el centro y a la derecha.

- *Entrada a la ciudad Prohibida (Beijing)*
- *En piragua por los mares de la China, en Corea del Sur*
- *Danza y trajes tradicionales en Corea del Sur*

■ A COREA DEL NORTE DESDE CHINA

Una vez acabada la travesía deje la piragua, recuperé la bicicleta y me desplazé al puerto Incheon cercano a Seul. Las conexiones entre Corea y China son muy habituales debido a las importantes relaciones comerciales que mantienen los dos países, por lo que no hubo ningún problema para tomar el barco que me llevaría a Tianjin, puerto cercano a Pekín.

En el barco me preguntaba a mí mismo sobre la China que encontraría, pues era conocido que en los últimos años en el país se estaban dando cambios continuos en pro de la libertad, pero las noticias que tenía de compañeros que habían viajado por lugares fuera de las rutas turísticas habituales no eran nada halagüeñas: apedreamientos en los pueblos por el mero hecho de ser extranjero, problemas con la policía, extorsiones y un control férreo.

En la misma aduana sentí algo especial, la actitud de la policía china hacia mí no tenía nada que ver con lo que había oído. La sencillez en los trámites, la amabilidad de los funcionarios, el trato de favor hacia mí, la alegría de la gente y algunos otros detalles, me indicaban algún cambio que me hicieron saber inmediatamente, ¡Pekín acababa de ser elegida sede de los juegos olímpicos de 2008!

Fue un placer recorrer en bicicleta una ciudad que vive a golpe de pedal, aunque, como en otras ciudades del mundo, se veía que esto era un sueño a acabar. El lado negativo de la estancia en Pekín llegó en la embajada norcoreana. Me informaron que se trataba del único lugar del mundo donde se podía tramitar un visado para poder entrar en Corea del Norte. El problema eran las condiciones que me imponían, ya que la única forma de entrar en el país era dentro de un paquete turístico. Los itinerarios propuestos eran de cuatro y cinco días, pero no había ningún problema para alargar la estancia, todo dependía del dinero. Una estancia de 5 días con todos los gastos pagados llegaba a salir ¡por unas 300.000 pesetas! Negaban automáticamente la entrada a estadounidenses, surcoreanos y a todo periodista. Una vez realizada la solicitud un comité valoraba la



FOTOS DEL AUTOR

misma y respondía en un plazo mínimo de un mes. Lo peor de todo eran las condiciones mismas del viaje ya que implicaba la forzosa compañía de un agente del gobierno las 24 horas del día, la imposibilidad de salirse del programa anteriormente establecido, la imposibilidad de comunicarse con ninguna persona, no poder fotografiar fuera de los sitios indicados...

Entre tanta prohibición era evidente que resultaba prácticamente imposible realizar el viaje soñado antes de la partida. Sólo me quedaba intentar entrar en Corea del Norte desde la misma frontera chino-norcoreana y el lugar ideal para ello era la ciudad portuaria de Dandong. Por allí pasaba la única vía de conexión terrestre abierta con Corea del Norte, la línea de tren Pekín-Pyongyang. Intercalando tramos en tren con otros en bicicleta, me acerqué a la ciudad, pero de nuevo la respuesta recibida ante mi solicitud de pasar por el puente fue un no rotundo, por lo cual tuve que quedarme a orillas del río, contemplando la orilla norcoreana que tan difícil se me estaba haciendo atravesar.

■ EL PAEKTUSAN

Después de haber intentado entrar en Corea del Norte por todos los modos posibles, la última esperanza la dejaba en manos de los dioses y para ello el lugar más adecuado era el volcán de Paektusan (para los coreanos) y Changbaisan (para los chinos). Situado en la frontera chino-norcoreana, es en esa zona la montaña más alta (2640 m) hasta los Himalayas, pero ante todo destaca por su ser sagrado y hermosura. En el cráter se encuentra un precioso lago, llamado "El lago del Cielo" y considerado el lago de cráter más grande y situado a más altitud del mundo. El mismo lago se cree habitado por un monstruo, un dinosaurio superviviente que algunos dicen haber visto, pero lo más destacable es la adoración que le muestran a la montaña tanto chinos, coreanos, como japoneses, lugar de peregrinación habitual a lo que consideran morada de los dioses. El mismo presidente chino Deng Xiaoping ya dijo en su momento, "Hay que procurar no abandonar este mundo sin haber pisado la cumbre del Changbaisan".

Instantes antes de llegar a la cumbre de la montaña me encontré con un puesto fronterizo. Se sorprendieron de mi presencia; parecía ser el único extranjero occidental que llegaba de esta guisa, con la bicicleta hasta donde pude, y andando a partir de entonces. La acogida fue excelente. Inmediatamente me ofrecieron un sitio en la misma mesa y me invitaron a degustar su comida y bebida. Mi impresión era igualmente sorprendente, en un puesto fronterizo situado a 70 km del pueblo más cercano, en un lugar tan conflictivo como se podía suponer la frontera chino-norcoreana, difícilmente se imaginaba una hospitalidad tan cordial de unos militares. Ciertos aspectos fronterizos sin embargo no cambiaban, la mayoría de los platos que estaba degustando provenían del otro lado de la frontera y por supuesto se trataba de artículos requisados a los traficantes o, sin más, la cuota de rigor para poder traficar. Entre cánticos chinos, alguno vasco que yo aportaba, todo ello bien mojado con licores y cerveza que no faltaba, me atreví con la pregunta: ¿Habrá algún problema si bajara por el otro lado de la colina y entrara en Corea del Norte? La respuesta fue sencilla pero concisa; uno de los militares cruzó las muñecas, dando la imagen de que quedaban esposadas, mientras un compañero abría y cerraba por dos veces los dedos de las dos manos, queriendo simular un número.

20 años de cárcel no era merecedores para hacer realidad un sueño y lo más lamentable era la poca esperanza que había de que en breve se convirtiera en realidad. Los más optimistas pronostican otros 30 años para que el sol brille nuevamente en una unida y tranquila península coreana. Desde la cumbre del Changbaisan, pedí a los dioses todo su poder para dar fin a tantos conflictos políticos que no traen más que el mal del pueblo llano. □

